

*EL CUENTO DE UN ABUELO:  
DON ANTONIO SERRADELL*

**L**O que vais a leer es una narración que yo viví hace ya más de 70 años y no quisiera dejar de publicarla; creo que os gustará conocerla.

En nuestra Murcia de los años 1910 vivía mi familia, padres y cinco hermanos, en un antiguo edificio de la Plaza de la Trinidad. Casa de estilo solariego, de un piso, con cuatro balcones a la plaza, azotea, amplio zaguán, con patio al fondo, con su pozo central y escalera de piedra jabalí, barandal de hierro y pasamanos de madera. Un aspecto sencillo de vivienda pero señorial, por su estilo y amplitud.

En esta alquilada casa, pasé yo los años de mi niñez. La vivienda se extendía por el fondo hasta llegar a una última habitación, que se hacía de comedor para días señalados y en la cual había un amplio balcón que daba a la calle de Santa Rosalía. En él yo, el mayor de cinco hermanos, hacía mis estudios infantiles. Recuerdo que era mi costumbre —aunque mi madre no quería— sentarme en el suelo del balcón con o sin almohada. Frente a él, había una casita que se distinguía de las demás de la calle pues todas eran de planta baja, y ésta tenía su pisito encima. Era una casa estilo murciano de un solo hueco pero bien acondicionados su fachada y balcón, con su persiana clásica verde.

A mí, de 8 ó 9 años, me gustaba sobremanera estudiar allí casi siempre, por aislarme de mis hermanos todos menores y evitar así el trajín y molestias de la Plaza de la Trinidad. En la casita que describo, apreciaba yo una lim-



pieza y una finura en los muebles y objetos, distintos a los demás, lo que proporcionaba mis deseos de estar en este lugar. En ella vivía Don Antonio Serradell, un señor creo yo de 60 años, hombre delgado, muy alto, con abundante pelo blanco, barbilla recortada, bien vestido, y con planta de elegante caballerosidad. Don Antonio vivía con un hijo suyo menor que yo, y creo recordar que tenía una mujer para el servicio doméstico.

Por razones de vecindad y ser también conocido de mi padre a veces charlaban algún rato de balcón a balcón. Yo recuerdo que, en alguna ocasión, Don Antonio alabó mi constancia y mi interés en los ratos de estudio que yo en mi balcón hacía.

Un día me dijo Don Antonio: "Pepico, eres muy aplicado, quiero que vengas a mi casa pues deseo estar un rato contigo". Previo permiso de mis padres llegué a casa de Don Antonio de quien yo, aún niño, en su trato distinguía cualidades especiales. Al despedirme, me regaló un cesto de manzanas que me dijo eran de su huerto. De balcón a balcón, como dije, mi padre y Don Antonio de vez en cuando hacían sus saludos rutinarios pero casi siempre salía a relucir mi presencia y formalidad, que él tanto estimaba. Las visitas a su casa también se repitieron y yo le llegué a tener verdadero afecto a tan buen señor.

En una de estas visitas, sentado Don Antonio en un butacón y yo frente a él me contó este relato que yo he referido alguna vez pero que ahora con 80 años no quisiera que se olvidara y desconocieran mis amigos.

Empezó pues diciendo:

"Pepico, yo soy músico, tú oírás alguna vez música por mi casa ¿Verdad? Soy músico ya retirado y pertenezco a la banda de Alabarderos de Madrid. Soy músico y toco el clarinete; mi carrera fue muy larga, difícil y penosa pero, al ingresar en la Banda de Alabarderos, mi situación se resolvió. El cuerpo de Alabarderos —creo que me dijo— es el que da el servicio en el Palacio Real a los Reyes y tiene una magnífica banda que todos los días toca y hace el relevo de la guardia en la Plaza de la Armería en Madrid. Yo veía que esto me lo contaba con emoción y excitado me decía lo impresionante del acto y que muchísima gente acudía a este patriótico relevo.

Todos los días —siguió diciendo— salía yo en la banda tocando mi clarinete. Ocurrió que en uno de ellos —me dijo el día y mes— en la pieza que tocábamos hacía yo un solo de clarinete, muy difícil pero muy conocido. Reinaba en España entonces Isabel II, reina a la que queríamos por su sencillez y popularidad, y que era muy frecuente verle por los ventanales de Pala-



cio y muchas veces también presenciar el relevo de la guardia en todos sus movimientos.

Pues bien —seguía Don Antonio y a mí se me caía la baba— ese buen día, la reina Isabel, salió de sus habitaciones y se puso sola de brazos en el balcón principal frente a la Plaza de Armas. Yo, con mi clarinete en la boca, me puse nerviosísimo, pues, tenía que tocar el solo de la partitura, y haciendo un esfuerzo como músico y como hombre toqué mi solo, creo que bien, pues al terminar la Reina hizo palmas bastante tiempo.

Terminada la ceremonia, como era costumbre nos fuimos al cuartel y ya iba yo a marcharme cuando me llamó mi director y me dijo: “Un ayudante de la Reina viene a buscarte; sal, por favor”.

Me presenté ante él y dijo: “Su Magestad la Reina Doña Isabel II desea que me acompañe”. Blanco como el papel iría yo por las galerías y pasillos de Palacio. Paróse ante una puerta con guardia de alabarderos y a señal convenida me abrieron las puertas de una preciosa cámara en la que al fondo y en una elegante butaca estaba Isabel II. Yo no sabía qué podía pasar y qué actitud seguir, pero ella gentil, simpática y alegre levantóse y ofreciéndome su mano, me dijo:

“Serradell, no se ponga nervioso que la llamada a V. no tiene otra finalidad que felicitarle y darle la enhorabuena por lo bien y magistralmente que ha interpretado el solo —creo que dijo el autor y la obra— pues lo conozco perfectamente. Siéntese, deseo charlar con V. sobre música, mientras nos tomamos una copita de Jerez”.

Don Antonio Serradell, me decía estas palabras que apenas podía pronunciar.

“Charlamos unos minutos que para mí fueron inolvidables y levantóse como fin de la entrevista diciéndome: “Le diré a su director que le premie su arte”. Se levantó Don Antonio y me enseñó un estuche con un bonito distintivo. Don Antonio me dijo que no sabía en qué forma darle las gracias por tantas atenciones y honra de ser así recibido.

“Creo que en mi confusión intenté arrodillarme ante ella y a mis mejillas acudieron lágrimas de emoción y agradecimiento a la Reina”.

Isabel II dándose cuenta de mi ánimo y emoción me ofreció nuevamente su mano, dióse cuenta de mis lágrimas, inició unos pasos y echóme su brazo derecho por mi espalda diciéndome mientras caminaba. “¡No sea niño! ¡Es un buen músico! ¡Además es todo un hombre perfecto por su figura! ¡Adiós Serradell!”. Su pecho y mi espalda se unieron unos instantes hasta llegar a



la puerta del salón y yo hice una reverencia y me retiré a mi cuartel, acompañado del introductor, más muerto que vivo de tanta emoción”.

La narración que Don Antonio Serradell me acababa de contar fue para mí motivo de admiración hacia él, por su sencillez y personalidad, y de ejemplo para imitar.

Nos tuvimos que cambiar de casa, perdimos el contacto cotidiano con él y las relaciones amistosas que con mi familia se tenían fueron reduciéndose. Sí recuerdo que, a su fallecimiento años después, mi padre quiso que yo le acompañara al entierro de aquel distinguido músico.

Como postdata diré que Don Antonio terminó su relato diciéndome que en Murcia sólo me lo había contado a mí.

¡Es larga la narración! No sé hacerla más corta ni mejor. Disculpad si apreciáis algunos defectos en ella.

Dehesa de Campoamor — Verano 1979

